

Alejandro Reyes

EL ANTIAMERICANISMO DE PIO BAROJA

CUANDO hace unos diez años apareció el libro de Pío Baroja titulado *Juventud o Egotría* en el que el recio escritor vasco propinaba a los americanos el duro la tigazo de que «América es el continente estúpido», su opinión no provocó en nuestro país mayor revuelo. Por el contrario, esta obra en la que el autor habla con un poco de engreimiento de sí mismo, fué acogida entre los numerosos admiradores de este gran novelista con viva simpatía. Habla el autor en este libro bastante de su vida, de su infancia, de su juventud, de su formación literaria, de sus predilecciones, de sus preocupaciones éticas y estéticas, de sus simpatías y antipatías por hombres o libros. Tenía una obra con la seducción de todo aquello que nos habla de la vida interior, de las inquietudes, de las cosas íntimas de un escritor que ha avasallado las preferencias de nuestro espíritu desde la más temprana juventud.

Sin embargo, en otros países latinoamericanos este concepto despectivo y un tanto arbitrario, levantó entre los intelectuales verdugones de amor propio herido. Así, el escritor peninsular Eduardo Zamacois, que recorría entonces, por segunda vez, nuestro continente, en gira de propaganda intelectual de España, ilustrando sus conferencias con proyecciones cinematográficas,

sufrió en Colombia un incidente bastante ingrato. Al anunciarse en la tela el nombre de Baroja, la juventud universitaria de Bogotá irrumpió—en un gesto muy americano, por cierto—con la más formidable de las silbatinas, vociferando estrepitosamente: «¡Baroja no, es enemigo de América!...»

Algunas semanas más tarde actuaba Zamacois en Santiago y sus conferencias fueron recibidas por el público de la capital con grandes simpatías. Cuando habló de Baroja y proyectó algunos de sus personajes sobresalientes, como Aviraneta, hubo grandes aplausos. A nosotros esta divergente actitud de dos públicos ante un mismo acontecimiento, se nos antojaba consecuencia del clima. En Chile, por razón de latitud, la gente es de un temperamento frío (a veces llega a ser glacial) que la hace reaccionar de una manera diferente a los habitantes del trópico. Tal vez por esta misma razón, el número de simpatizantes de Pío Baroja es aquí mayor que en otros países de habla española.

Me ha sido necesario este preámbulo, antes de entrar en la materia, motivo de esta charla, que cobra actualidad ante la reciente aparición de una nueva novela del escritor vascongado: *La Estrella del Capitán Chimista*. Es esta una novela de aventuras marinas, género muy grato al autor, cuya acción se desarrolla en las costas de Chile. Dista Baroja de estar escrupulosamente informado sobre nuestro país, y así se explica que en su último libro se consignen errores geográficos de importancia, y etnográficos más graves aun, pues el autor afirma que en nuestro pueblo hay mezclas con la raza amarilla. Sus conceptos sobre el americanismo en general, no son tampoco nada amables.

Para explicarnos la actitud mental de Baroja frente al continente americano y a sus hombres, será necesario conocer previamente algo de la recia personalidad de este escritor. Después trataremos de esbozar en una sinopsis de los países hispanoamericanos, su aspecto

social, su mentalidad, sus aptitudes morales e intelectuales.

Nació Pío Baroja en San Sebastián en 1872. Va, pues, camino de los cincuenta y ocho años. Hizo sus estudios secundarios en Pamplona y se graduó de médico en la Universidad de Madrid. En la corte hizo sus primeras armas literarias. Después ejerció su profesión, durante un tiempo, en el pueblo vasco de Cestona. Sus antepasados son todos vascongados: sólo por línea materna presenta un resquicio donde se filtra sangre italiana, y más exactamente, lombarda. «Mi paralelo geográfico (y racial) está entre los Alpes y los Pirineos», afirma orgullosamente él mismo. El país vasco—digo país en el sentido de región—es zona montañosa en donde no puede haber grandes ciudades; hay tan sólo caseríos, aldehuelas. Región áspera en que la vida es dura y que produce, por lo mismo, fuertes individualidades. Este es el tipo de vasco que Baroja exalta en sus novelas y cuentos, el vasco de los Pirineos, agreste, montaraz, ágil y valiente, amante de la naturaleza. Lo es, también el vasco aventurero, trotamundos, casi siempre marino, de un fondo escéptico y burlón. Por el vascongado de las grandes ciudades, desteñido, poco pintoresco, sin carácter para la literatura, desvirtuado por la vida urbana, clericalizado, tiene el autor más desdén que entusiasmo.

Literariamente Baroja pertenece a lo que se conoce en la península como «generación del 98». Conviene no perder de vista la partida de bautismo de esa juventud española. Su aparecimiento es de una honda significación en las letras hispanas y coincide históricamente con momentos trágicos, patéticos de la política del reino. En ese año termina, con un desastre naval, la guerra de Cuba, que marca el fin del período colonial de España. Es el desastroso final de una guerra absurda sostenida por las cegueras y fanfarronerías de los políticos de la Restauración, guerra impopular por un poderío tam-

bién absurdo. Esta juventud entristecida, amargada ante una ruina que es más moral que material, esta generación de jóvenes idealistas, con conciencia histórica del momento, con visión profética de su misión, se propone llevar a cabo la redención de España.

Fué una generación excesivamente literaria, dice el mismo Baroja, que creyó encontrarlo todo en los libros, se lanzó al intelectualismo, se atracó de teorías, de utopías que la alejaron de la realidad inmediata. Pretendió conocer lo que era España, lo que era Europa, y quiso sanear el país.

En efecto, esta generación del año 98, con fe en sus destinos da la espalda al siglo XIX cuyos desaciertos pesan como un lastre sobre la nación, quiere fecundar una nueva España, hacerla de nuevo, sin oratoria, sin grandilocuencia, sin políticos venales. Y ante la tumba de Mariano José de Larra, que encarna para estos jóvenes intelectuales un símbolo, jura solemnemente fundar la España Nueva.

Esta generación que yo llamo neoromántica y que sus coetáneos apodaron modernista, fué activa. Su romanticismo no es aquél derretido y melodramático romanticismo estilo 1830, del joven vestido de negro que se suicida en la tumba de su novia; ni el de la chica descalza que implora una limosna a la salida de la ópera, o de la joven que enloquece de verse burlada por un amante... No: su romanticismo es depurado, aspira a exaltar lo más noble y delicado que lleva en sí el individuo. Es un romanticismo inteligente que comienza por la crítica de la época en que vive. Hace el balance social e histórico del pasado, estudia las causas que mantienen en lapso las energías de la nación; reacciona contra los defectos de la raza, analiza los vicios del medio-ambiente y procura modificarlos, apelando para emprender su reconstrucción, al sedimento sano que todo pueblo guarda en sí.

Predominan en esta juventud analítica, con severo

espíritu crítico, tendencias anárquicas, místicas y filosóficas. Esta juventud desprecia a los políticos y se hace, por tanto, apolítica. ¿Consiguió esta juventud renovadora la realización de sus propósitos de redención nacionalista? En política, no. Pero dió a su país en la literatura y en el arte sus frutos más vigorosos que han enriquecido la cultura española con valores universales, como Azorín, Pérez de Ayala, Baroja, Zuloaga, Maestre y tantos más.

Entre todos éstos es sin duda, en Baroja en quien domina, por temperamento, un criticismo más ascenderado, un ansia constante de disección de sus contemporáneos, sean hombres, ideas o acontecimientos. Hay en él un poderoso deseo de revisión de todos los valores presentes y pasados, del que participa también Martínez Ruiz (Azorín). Ambos son caballeros andantes de esta misma aventura de depuración. Sus armas no son sin embargo, las mismas. Azorín, fino, culto y acucioso, encuentra en la crítica literaria el medio de deponer valores falsamente consagrados, de reparar injusticias sancionadas, devolviendo a otros el prestigio de que los ha privado una lápida de injusticia u olvido. Baroja, inteligencia maciza, penetrante y analítica, se interna por los callejones de la crítica social. Es el ensayo, el artículo de prensa, la polémica, el vehículo que utiliza para encaminarse a conmover los cimientos, no muy sólidos, de la organización social. Aprovechará sus cuentos y sus novelas para verter en ellas su espíritu corrosivo y demoleador. La ironía, el sarcasmo, el ataque contundente, la crítica despiadada serán sus armas, que él maneja sabia y oportunamente.

Se reprocha a Baroja el tono agresivo de su estilo, común por lo demás a todos los escritores de su tiempo. Se ha dicho que su obra destila rencor para la sociedad. Olvidan tal vez sus impugnadores que el escritor es también un hombre, una conciencia clara y alerta que vive las inquietudes de su tiempo, que se angustia con

la tragedia de sus contemporáneos, que sufre con los que están en torno suyo. Por eso no abandona sus tendencias combativas ni aun en sus novelas y en ellas sus opiniones campean, ya en boca de sus personajes, o como comentarios del autor. No es, mi intención, ni tampoco la oportunidad, ni tengo yo la autoridad suficiente para trazar una monografía literaria sobre este escritor: sólo me propongo dar una impresión de sus tendencias, de su temperamento y tal vez de su carácter. Baroja antes que nada es un hombre de ideas, después un novelista. Con su advenimiento a las letras españolas se realiza el milagro de hacer que la literatura se acerque al hombre, que adquiriera sentido humano, que aparezca piedad por sus imperfecciones, indulgencia para sus errores, comprensión para su debilidad; entra en escena en el arte de la península una calidad antes desconocida. Oigamos la opinión de Baroja sobre este fenómeno:

Yo me tengo que sincerar de mi fama de hombre sombrío: Primero, porque es muy agradable hablar de sí mismo, y después porque tengo una fama de hombre tétrico que no la merezco. Yo escribo en triste porque el medio ambiente me molesta, el sol me ofusca, lo que escribo me irrita; pero en el fondo *amo ardientemente la vida*. Yo no sé qué tiene nuestra literatura para ser tan desagradable: no hay blandura de corazón en sus escritores, ni en los modernos, ni en los antiguos, ni en los del Norte, ni en los meridionales, ni en los de Levante, ni en los del Poniente.

Por mi parte, yo distingo dos clases de escritores: los unos puramente literarios, los estetas puros; los otros con tendencia social o más propiamente humana. Baroja pertenece íntegramente a la segunda categoría: su posición en la vida y en las letras es la del *literato-hombre*, no la del *literato-literato*, huérfano de toda calidad humana.

En toda la obra de Baroja domina la filosofía de la acción: sus personajes son andariegos, inquietos, diná-

micos; se preconiza la acción como redentora de las miserias humanas, la acción como fuerza inhibidora de la bajeza cotidiana del hombre gris del siglo. Baroja es un optimista que, antes que las complejidades espirituales de personajes literarios, canta el dinamismo redentor del hombre moderno, envilecido por una sociedad y un siglo prejuiciados. Si algún calificativo enaltecedor quisiera aplicársele a Baroja sería éste el de *poeta de la acción*.

Su crítica no es una crítica estéril, desquiciadora. Hay que destruir para crear: por eso destruye, corroe el edificio moral de una sociedad despiadada e injusta; por eso también su obra entera resume pasión, vehemencia, agresividad; pasión del hombre dominado por la iras santas: Oigamos en sus apóstrofes de hace treinta años:

En esta vida triste que padecemos, ante esta sociedad de burgueses sin corazón, de gente baja y mezquina la *infamia cometida extralegalmente es un crimen; la infamia legal es un negocio*. Haced infamias, pero hacedlas siempre dentro de la ley; la ley actualmente no es como decía Montesquieu, una tela de araña donde se enredan las moscas y que deja pasar a los moscardones; la ley es la defensa de los fuertes, de los hábiles, de los egoístas. La ley es inexorable, como los perros: no ladra más que al que va mal vestido.

Su acritud va contra su propio país, cuando, refiriéndose a un falso espíritu de austeridad que impera en su tiempo, dice:

Somos el pueblo del *mínimum*: *mínimum* de inteligencia, *mínimum* de vicios, *mínimum* de pasiones, *mínimum* de alimentación, *mínimum* de todo. No encuentro por donde miro más que vida ñoña; arte ñoño, literatura ñoña, gente ñoña. Y por encima de ésto, una estúpida capa de austeridad espesa e impenetrable. Yo creo que un pueblo vicioso, revuelto es capaz de algo: un pueblo ñoño no es capaz de nada.

Ha sido Baroja un curioso del socialismo; pero su doctrina le repugna:

Dada la adoración por el número y por la masa que hoy se siente, yo me figuro que el porvenir será socialista; pero a pesar de ésto, siento una antipatía profunda por esa doctrina y por ese partido, que trae la glorificación de la manada, el apabullamiento del individuo por los demás. Le interesan sus hombres, pero encuentra que sus intelectuales «son en la mayoría una colección de profesores pedantes que escriben libros muy grandes y artículos muy pesados, para decir de un modo vulgar y pedestre lo que otros han dicho bien y con gracia. Califica a la Democracia del absolutismo del número y no cree en el gobierno del pueblo por el pueblo, el pueblo que no ha mandado nunca ni aun en los tiempos más revolucionarios y que tampoco mandará en el porvenir.

Entre el socialismo y la doctrina anárquica, está por ésta última: le irrita pensar en la tiranía de la multitud, en el dominio de la masa; defiende bravamente su individualidad de toda coacción. Todos los fanatismos le parecen execrables, así el rojo como el negro:

El fanatismo religioso y el fanatismo liberal han de ser un obstáculo enorme para la redención de España; los fanáticos en religión han de impedir la evolución del sentimiento religioso; los fanáticos de la democracia han de impedir la evolución de las ideas políticas.

Ya en sus horas de juventud en *Camino de Perfección* y más aún en *El árbol de la Ciencia* plantea el problema sexual—que es una tragicomedia en los países de moral católica—en una forma alta y digna afrontándolo con sinceridad. Encara esta cuestión desde un punto de vista científico, que muchos años más tarde, vemos confirmado en Freud. Su novela *La Sensualidad Perversa*, de una época posterior, es francamente psico-analítica.

Encuentra en la mujer contemporánea ausencia de idealismo y falta de sensibilidad (hecho biológicamente comprobado):

Para estas mujeres españolas, dice, el trabajo, sin remuneración inmediata de dinero o de gloria, pasa a formar parte de

las chifladuras, y en general, la mujer en vez de alentar y sostener al hombre en su trabajo, lo desalienta.

Más adelante, conciliando, termina:

No me preocupa si la mujer es igual, inferior o superior al hombre; me atengo a la hermosa frase de Shakeespeare: «Ni más arriba, ni más abajo: a la altura de mi corazón.

La maldad del hombre aparece en todas sus obras, lo mismo que en la vida, como una cosa fatal e inevitable: el hombre animal de presa, el hombre lobo para el hombre surge por todas partes. Niega Baroja aquello de que el hombre nace bueno y que la sociedad lo hace malo:

La vida no es ni buena ni mala: es como la naturaleza, necesaria.

Igual cosa ocurre con la sociedad: será buena para el sujeto adaptado al ambiente, mala para el que no está acorde con ella. Descubre en ello un problema de sensibilidad humana:

El hombre debe tener la sensibilidad que necesita para su época y para su ambiente: si tiene menos, vivirá como un menor de edad; si tiene la necesaria vivirá como un hombre adulto; si tiene más, será un enfermo.

Mas en todas las épocas ha habido hombres que se adelantan a su tiempo—la naturaleza se complace en crearlos—, superiores a su ambiente, con una sensibilidad que rebasa la de sus contemporáneos: será el tipo de hombre insumiso, fermento de rebeldía—agitador lo llamará la sociedad. Siempre habrá esos apocalípticos anunciadores de un mundo mejor, encargados, en todos los tiempos, de indigestar la tranquila sobremesa de los buenos burgueses. Ahora, que sin ellos no habría evolución, no habría progreso concebible, es también cierto.

Ante el ideario barojiano complejo, proteiforme; ante su nihilismo intelectual, frente a su espíritu anárquico; ante su agnosticismo filosófico, frente a su epicureísmo en la vida real, ante todas estas cosas paradójicas, estas actitudes contradictorias, llega uno a preguntarse cuál es la verdadera ideología del eminente novelista. Su buen amigo Azorín, compañero en sus luchas juveniles, que conoce bien su formación literaria, nos despejará el camino.

Baroja arremete siempre contra dos abismos que encuentra en el alma de los hombres: *la estupidez y la crueldad*.

La estupidez, adornada de pedantería o de suficiencia se le hará aún más odiosa; la maldad, disfrazada de falsa piedad, la maldad encubierta, calculada le parecerá más abominable que la maldad en bruto. Y la estulticia y la ruindad tienen derecho a levantarse tanto en el alma de los reaccionarios, como en los progresistas, de los conservadores y de los liberales; tanto en las clases altas, como en las bajas, tanto en los católicos, como en los socialistas. La estrechez de espíritu, la mezquindad de sentimientos domina a su alrededor, y por eso su actitud hosca frente al hombre. Por eso empuñará enérgicamente su lanza combativa hacia en cualquier campo en que divise las aspas de estos molinos de inferioridad.

No siempre se nos pinta Baroja como este juez implacable con los vicios de sus semejantes, pesimista y sombrío. El individualista formidable, orgulloso de su personalidad fuerte, con un sentido nietzscheano de la vida, tiene en los repliegues de su espíritu blanduras sentimentales, a pesar de ese fondo insobornable que le reconoce Ortega y Gasset:

Si Mefistófeles tuviera que comprar mi alma, no la compraría ni con una condecoración ni con un título; pero si tuviera una promesa de simpatía, de efusión, de algo sentimental, creo que entonces se la llevaría muy fácilmente.

Como no es un hombre rectilíneo, si le reprochan su inconstancia, su versatilidad, su falta de dogmatismo en las opiniones, contestará irónicamente: «No comprendo por qué un escritor ha de manifestar en sus ideas la consecuencia de un político...». Este antidogmatismo, este polimorfismo ideológico, esta variedad de matices literarios, constituyen precisamente una de las virtudes más estimables de este escritor. Su estilo antiretórico—es irreconciliable con la retórica y el lugar común—, su espíritu antiacadémico, le dan a su obra un sello profundamente simpático. Cuando abandona su «tendencia al impropio», sabe ser cáustico y fino, suave y burlón: manejará ductilmente el sarcasmo, la ironía, las situaciones grotescas o tragicómicas; como es un gran humorista empleará a menudo el chiste, fino, de buena ley. Dice en *Los Últimos Románticos*:

Cuando don Fausto se encontró libre de su suegro no supo en qué emplear su energía; en parte, porque no encontraba una ocupación adecuada; y en parte, porque su energía era tan insignificante que no le hubiera bastado para ser ministro en España.

En otra obra, para dar a conocer el concepto que a las mujeres merecieron los hombres de 1840, dice:

Las mujeres de ese tiempo no tenían antipatía profunda por este tipo de hombres: los miraban como a niños farsantes, petulantes, a quienes habría que dejar que hablaran en la calle, a condición de que obedecieran en casa. El hombre sería anticlerical entre sus amigos, pero los niños irían al colegio de los jesuitas, y las niñas serían hijas de María e irían al Sagrado Corazón...

Por lo que se ve la generación de 1840, supervive aún entre nosotros... Y ésta otra (de *El Gran Torbellino del Mundo*):

Thor y Jehová, cazaron juntos con sus amos, algunos zorros; pero nunca gran cosa. Como ninguno de los dos perros legitimaba su nombre, decidieron ponerles otros más modestos, y al que

tenía aire más serio y más tonto le llamaron Wilson, y al que parecía má petulante y más ridículo, Mussolini.

En sus novelas de aventuras o de alcance histórico, Baroja abandonando un poco su criticismo vital y dejando un poco de lado su habitual misantropía, deja libre curso a su afición por lo pintoresco—una de las características más notables de toda su obra,—y a su entusiasmo por lo anecdótico. Domina este rasgo en casi todos sus personajes y sin querer se advierte el irresistible atractivo que sobre el novelista ejerce la gente pobre, por la originalidad bravía de sus tipos, siempre más interesantes que los ricos, igualmente opacos y aburridos en las cinco partes del mundo. En su novela histórica *Memorias de un hombre de acción*, a pesar de sus diez y siete volúmenes, de carácter eminentemente episódico, movidamente pintoresca, de un conocimiento tan real de las épocas pasadas, de una erudición tan liviana, resulta de una amenidad que no sólo se lee con deleite sino que apasiona. Lo ha llevado a este género de literatura un espíritu de restauración de valores, es decir, de reparación de injusticias, al desear ver colocados en el sitio que les corresponde, a personajes que han sufrido una preterición por parte de la historia oficial. Tal el caso del conspirador Aviraneta y del guerrillero don Juan Martín «El Empecinado». Su agudizado sentido crítico, su afán reivindicacionista lo llevará a un análisis cruento de los episodios que conmovieron a España desde la invasión francesa, y a juicios inflexibles para cortesanos, generales y aun para el mismo monarca Fernando VII. Sus pinturas de la guerra Carlista están trazadas con aquel movimiento, aquel estilo sobrio y animado, tan suyo y tan diferente del engolado, arcaico y retórico del de la generalidad de los escritores peninsulares. Hasta aquí, Pío Baroja, «El Hombre Malo de Itzea», escéptico, misántropo y antiretórico, sencillo y genial.

*
* *

Tendamos por un momento la mente hacia el pasado y evoquemos las figuras gloriosas y heroicas de Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre, consolidando hace ciento veinte años la libertad de los pueblos americanos.

Imaginemos estar presenciando aquel solemne juramento de los padres de nuestra patria cuando con la diestra sobre el pecho prometían solemnemente: «No reconocer otros gobiernos que aquellos elegidos por la libre y espontánea voluntad popular». Aquella escena reproducida por un cuadro de la época, conmueve aun hoy, nuestro civismo de hombres «siglo XX», negadores y críticos.

Pero si observamos atentamente el curso de la historia, notaremos cómo trascurrido algún tiempo, nacen divergencias en el seno de la familia americana: Bolívar sueña con establecer la confederación de los Estados de Sud-América, paralela a aquella organización formidable que Washington ha hecho con los EE. de la América del Norte. Pero hay suspicacias, malentendidos e incomprensiones; también ambiciones personales desmedidas: San Martín quiere hacer de todo esto una monarquía, a cuyo trono se le suponen pretensiones; O'Higgins, de un republicanismo acendrado, lo resiste tenazmente. Los que Bolívar soñara EE. Unidos de América del Sur, son luego después, hermanos rencorosos que se disputan una herencia, y hay por fronteras más, por fronteras menos, por hegemonías absurdas, guerras cruentas, luchas estériles, entre pueblos de una misma sangre, que hablan una misma lengua, que sienten de una manera afin: la libertad ha sido en manos de estos países bisoños, como un arma de fuego en las manos de un niño. Quedan de esta manera, constituidos «Los EE. desunidos de América del Sur».

En la vida interna de cada nación hispanoamericana-

na sucede a la independencia, un período turbio de agitaciones, revueltas y asonadas, militares o políticas, que perdura por casi todo el siglo XIX. En este lapso turbulento las constituciones de los pueblos pasan a ser letra muerta, las garantías individuales un mito: son conculcados todos los derechos y sojuzgadas las conciencias por tiranuelos y advenedizos que no tienen otro miraje que una desmesurada ambición de mando. Se desvanece el concepto de libertad, obscurecido por la tiranía y el principio de democracia es prostituído bárbaramente, despóticamente arrasado por caudillos sin escrúpulos, a quienes siguen masas analfabetas o indias sumisas e inciviles. En Chile pone término a las asonadas el llamado «Gobierno Fuerte de Portales» que no es sino una tiranía, un gobierno absolutista, prolongación del espíritu realista de la Península, ultra-reaccionario. Hay una quietud—la paz varsovia de esta república—que dura 60 años. En 1891, una oligarquía conservadora, que ha perdido terreno con los últimos presidentes de tendencias avanzadas, coaligada con la plutocracia y el clero, retrotrae al país a esas fases tenebrosas de la historia política, en que yacen sus demás hermanas de América.

Países hay en que un César omnipotente se entroniza por casi cuarenta años; otros en que sus tiranos abusan del poder desde hace veinticinco; cual con un dictador civil, que agita una bandera de reivindicación nacionalista y que encarcela o expatria a aquellos intelectuales de conciencia recta que lo estigmatizan con la marca de fuego de su pluma, que ahoga en las prisiones las voces que claman por el imperio de la justicia y de la libertad. Tal otro, en que las turbas fanáticas, instigadas por un clero ensoberbecido, asesinan a un presidente de ideas liberales, y arrastran por las calles su cadáver ensangrentado! . . .

Quizás se encuentre un exceso de realismo en la manera de trazar este panorama siniestro, truculento, del

estado cívico de las jóvenes repúblicas americanas. Pero él era imprescindible para conocer las determinantes que han condicionado el desarrollo del intelecto en estos pueblos de habla española. Son estos países así convulsionados, comparables a las regiones azotadas de continuo por fenómenos sísmicos y en los que los habitantes no podrán desplegar actividad alguna, que no sea la destinada a la propia conservación. De igual manera, en las naciones sacudidas constantemente por las conmociones políticas, será precario el desarrollo del pensamiento; la tensión de los espíritus producida por la inestabilidad civil hará estéril todo afán de investigación, anulará toda pasión de estudio, ahogará todo anhelo de meditación. Las actividades intelectuales girarán en torno de la política y llegarán escasamente a la oratoria. Un ejemplo nos lo da la misma España en el siglo XIX, siglo de asonadas, pronunciamientos y motines, en cuya literatura hay sólo dos valores perdurables: Larra y Bécquer.

En América el pensamiento del siglo pasado toma su inserción en dos figuras cumbre: Lastarria y Sarmiento. Ambos viven horas angustiosas de tiranía política, a la que oponen el ariete de su vigor intelectual y de su entereza de alma; dejan obras de literatura, sociología y política, que en la actualidad sólo conocen algunos pocos estudiosos. Gran parte de la intelectualidad del continente lo constituyen una legión de poetas —América exuberante en su vegetación lo es también en esta clase de ingenios—, pero de poetas huecos, sonoros, de escasa sensibilidad. El resto lo forman exclusivamente los oradores, porque las actitudes tribunicias, el empaque, la facundia verbal son malezas extendidas en el suelo americano.

Se le puede encontrar a este fenómeno una explicación biológica: un pueblo al estado naciente, un país en formación no puede producir hombres ni obras, que actúen en profundidad. Se hallan en este fase, en el pe-

ríodo *sensbrütal* de su desarrollo; producirá músicos, poetas, tal vez pintores, artistas que reaccionan frente a la naturaleza por medio de sus sentidos, por *impresionismo* ante las manifestaciones de la vida externa. Actuarán, pues, en función de belleza, de armonía, mas sin intelectualizar los fenómenos que los rodean. Su obra podrá ser hermosa, mas sin llegar a la belleza perfecta; ese arte no será en consecuencia, un arte clásico: será un balbuceo de arte, arte imperfecto, arte primitivo. Si aspira a la perfección, a la belleza absoluta —podrá intentarlo cuando esté en contacto con otras civilizaciones—deberá buscar sus fuentes de clasisimo en otros pueblos. Tendrá que copiar lo que otros hacen, necesariamente deberá imitar; y ya entonces, ese arte dejará de ser clásico, genuinamente clásico, autoctónamente clásico en su tierra; llegará a ser arte clásico, pero clásico de otra cultura.

Algunos ejemplos de nuestra literatura continental nos van a servir de confirmación en nuestro aserto. José Enrique Rodó, maestro un tiempo de la juventud de América, es un parnasiano, un mármol del Pentélico animado de ática espiritualidad, y el clasicismo de este cultor de la belleza—Rodó es más esteta que filósofo—es más que americano, universal. Juan Montalvo, el admirable estilista que escribiera los *Capítulos que se olvidaron a Cervantes*, llega en su perfección a ser un clásico de España, pero no de América. Si consideramos a Rubén Darío, la máxima expresión lírica del continente, el vaso más armonioso en que se haya vaciado el sentimiento poético de América, la más alta y refinada culminación que nuestro lirismo haya alcanzado, vemos que el poeta ha necesitado salir de su tierra natal, emigrar hacia las viejas fuentes de la cultura, arraigarse en Francia, asimilar sus tradiciones de belleza y realizar después su maravillosa transformación. Estudia concienzudamente la lírica francesa, se compenetra de sus técnicas, que domina perfecta-

mente y, empapada su alma de la clásica serenidad de Grecia y de la gracia aristocrática de las Galias, entra en la poesía castellana; irrumpe en el arte poético de la Península con nuevos elementos más dúctiles que habrán de dar flexibilidad a sus formas anquilosadas, y sustituyendo sus viejos moldes, innova, revoluciona, marca una era nueva en la poesía castellana. Es sin duda un hermoso triunfo, un grandioso triunfo en lo que significa el aporte valiosísimo, la ofrenda de oro, mirra e incienso de este nuevo rey mago, al verso castellano. Pero el alma de Darío es griega y francesa al mismo tiempo: no es el «poeta de América» sino cuando su estro tiene un acento profético, como en *Los Cisnes*, o apocalíptico, como cuando apostrofa a Roosevelt. Es un gran lírico de la raza latina que pensó en francés, se expresó en buen romance castellano, enriquecido por él mismo, y que lloró por América.

En la evolución de los pueblos se cumple una ley de la naturaleza, por la cual el individuo, en las diversas fases de su desarrollo, reproduce, en pequeño, los diferentes estados que ha tenido la especie en su desenvolvimiento. Así como en el despertar intelectual del niño priman los fenómenos de la subconciencia sobre los de la inteligencia conceptual, las sociedades no pueden llegar a las profundidades del pensamiento sino en una fase más avanzada de su cultura. A los poetas suceden los cultivadores de la prosa, historiadores, ensayistas, etc. Y cuando ya hayan transcurrido algunos siglos, que permitan asentar sólidamente una civilización, tendrán cabida los filósofos, los sabios y los investigadores.

En los pueblos americanos no hay grandes preocupaciones filosóficas, no hay inquietud por la sabiduría y hay más bien desamor por la investigación. La excusa está en que el continente americano no ha tenido la estabilidad indispensable para este progreso de la mente. Ortega y Gasset al despedirse en Argentina, de su gira

por estas tierras americanas, hizo esta declaración rotunda:

América no está aún madura para la filosofía; el americano resbala sobre las ideas o los hechos: es incapaz de penetrarlos.

Este juicio lapidario del pensador español, tal vez más drástico que el del mismo Baroja, no ha merecido réplicas sino de algunos intelectuales argentinos que, con más amor propio que razón, lo han impugnado. Pero en el fondo, permanece en pie. Es que la respuesta no se puede buscar en las polémicas, sino en la demostración de nuestra aptitud para captar las grandes ondas del pensamiento humano, de nuestra capacidad filosófica, y esto es por ahora difícilmente demostrable.

Se ha censurado a los escritores sudamericanos un pecado literario común a la mayoría de ellos: es el *tropicalismo*. Creemos entender por tal la superabundancia verbal, la ampulosidad en la forma y la ausencia de autocrítica; va aparejada en la vida con una tendencia a manifestar en forma exagerada las pasiones (a sentir de una manera literaria), a actitudes espectaculares y a una verborrea desmesurada. Acompaña a la exuberancia tropical, con la misma fidelidad que la sombra al cuerpo, una cualidad que no es exclusivamente americana: la *megalomanía*. En virtud de ella cualquier ensayista mediocre se siente un Emerson o cree reencarnar el espíritu de Nietzsche; cualquier orador de asamblea un Cicerón; el que haya publicado una novelita provinciana, superior a Dickens o Dostoyevsky, un comediógrafo cualquiera igual a Ibsen. Es que la imaginación caldeada de la zona tórrida, que todo lo mira con lente de aumento, cree encontrar genios a cada paso. Tal vez por esto es que en los americanos está tan escaso el sentido de la medida: aquella noble máxima griega que aconseja: «De nada demasia-

do», no ha encontrado eco entre nosotros. La esencia de estas virtudes negativas la encontramos palpable en la obra de un individuo funesto para la reputación de las letras americanas: Vargas Vila, a quien se puede consagrar como maestro del mal gusto y corruptor literario de la juventud.

Ese atributo de tropicalismo literario, la vacuidad abundosa y elegante, la inflación verbal, es en parte herencia de la Península, hipertrofiada por el influjo de la vegetación lujuriosa de los trópicos. En el aspecto moral, aquella «perfidia de mujer» que Baroja achaca a los americanos, es también fruto de la fusión de razas, del mestizaje: Colón y sus navegantes engañan a los indios para quitarles sus tesoros; Cortés también engaña y tortura en forma cruel a Moctezuma para arrancarle el secreto de dónde tiene sus riquezas; Pizarro, que ha apresado a Atahualpa, le promete *perdonarle* la vida, si llena de oro el cuarto que le sirve de prisión, y después de que el Inca ordena a sus súbditos que accedan a tal exigencia, inventa un motivo para darle muerte. La nobleza de alma del europeo, no nos llegó con los conquistadores; tampoco aparece entre los colonizadores, entre los encomenderos, que explotan a los aborígenes con tanta sordidez, con tanta inhumanidad, que el sentimiento cristiano de Las Casas se rebela contra ellos. La solución que se le busca no es de las más piadosas: la esclavitud negra. Tampoco se ve piedad en los guerreros de la conquista, que mutilan con crueldad espantable a los indios que no acatan su misión y vasallaje, y les procuran suplicios martirizantes, tormentos inquisitoriales. Por un lado el español orgulloso, despótico, codicioso (en la codicia hay compendiadas muchas bajas pasiones), ambicioso y cruel; y por el otro, el indio receloso, suspicaz, rencoroso, taimado, oprimido. . . De esta alianza moral, de esta fusión de sangres, no va a resultar seguramente el superhombre.

En un pasaje de unas de las novelas de Baroja, alguien pregunta si Rubén Darío era negro, y contesta uno de los personajes:

Espiritualmente sí, un tanto negro; era un *snob* sin imaginación, con talento puramente verbal.

En esta opinión del novelista sobre el lírico americano, no hay la malevolencia que pudiera creerse. Esa poca simpatía es el producto, más que de una falta de estima, de una incomprensión. En una entrevista que para *La Nouvelle Revue Française*, Georges Pillement traductor francés de una de sus novelas, le hizo en su casa de Vera del Bidasoa, dice refiriéndose a su vida en París:

Vivía yo en el Hotel de la Normandía: a mi casa solían venir dos o tres escritores españoles y alguna vez el poeta americano Rubén Darío, que quería que yo le ayudara a escribir una revista hispanoamericana que se iba a editar en París. Darío aprovechaba la existencia del «Bistro» (mesón) del hotel para meterse en el cuerpo algunos «whiskyes» al llegar y al marcharse. Estaba siempre alcoholizado y contaba una serie de *cosas que no existían más que en su imaginación*. No se le podía hacer caso.

Es claro, entre un escritor realista, que tiene los pies bien sentados en la tierra y los ojos en las miserias de la vida, y un poeta creador de cosas bellas y fantásticas, no hay empalme espiritual posible; son dos temperamentos opuestos entre los que no cabe ajuste.

En cuanto a los americanos con aires de negro, de los que suele hablar con frecuencia don Pío, es conveniente recordar que la existencia de razas negras en América, es una consecuencia de la colonización española; desde entonces se hallan muy esparcidas en Cuba y las antillas, poco en Méjico, bastante en América Central y Panamá, algo en Colombia y Venezuela, más en el Ecuador y Perú, mucho en el Brasil, muy poco en el Uruguay y Argentina y *nada* en Chile, porque

durante el coloniaje no hubo necesidad de importar a este país ébano africano.

Lo que en el individuo americano se manifiesta como tropicalismo y delirio de grandezas, en la masa de todos estos pueblos se condensa en un estado de ánimo frente a los acontecimientos políticos o sociales: *el mesianismo*. El estado de semi-analfabetismo, de civilización a la sordina, de semi-incultura calculada en que los dirigentes mantienen a las masas proletarias de estos países, el número escaso de exponentes de alta cultura que hay entre ellos, no ha permitido aún que penetre en la conciencia de los pueblos el espíritu de obtener por sí mismas la liberación. Es por eso que las muchedumbres de todos los países de este continente, esperan su redención no de la capacitación para las luchas sociales, sino de una fuerza sobrenatural, extraterrena, y que la «macuquería» criolla encarna siempre en un caudillo.

Influyen notablemente en el concepto que de nosotros se tenga, ciertos tipos representativos del medio social americano que circulan en Europa. Tenemos en primer lugar «el rastacuero», que va a París como quien va de juerga, que cree que sus millones lo autorizan a toda clase de excesos y que todo lo arregla con su dinero, cordialmente antipático para los dueños de casa. Otro tipo es el del político emigrado, solemne y campanudo, que conserva aún sus humos dictatoriales; el del militar expatriado, con grandes sueldos de algún estado americano, imaginando siempre una contrarrevolución que le permita regresar a mandar en su país. Todos comparables a ese producto europeo del rico de la post guerra, del nuevo rico, francés, italiano, español o lo que se quiera, grotesco y pesado siempre.

En lo que respecta a representación intelectual americana, aunque sea duro reconocerlo, es bien menguada: está casi siempre acaparada por snobs, jóvenes bien con pretensiones literarias; poetas o escritores

autoconsagrados, que no brillaron mucho en su tierra y aspiran al Olimpo en Europa; pseudointelectuales, periodistas, propagandistas de los gobiernos sudamericanos; literatos mercenarios o domesticados por alguna tiranía republicana del continente, y algunos pocos bohemios, que viven de lance acorralados por la miseria. Es cierto que esta fauna última, no es exclusividad del continente americano, y a que idénticas cualidades encontramos en el «golfo» madrileño intelectual o en el vividor parisién, híbrida mezcla de dandy y apache.

En síntesis, del panorama intelectual de Sud-América, de su sociabilidad, de sus tendencias raciales, del desconocimiento que de los valores puros, escasos todavía, se tiene en el extranjero no pueden esperarse juicios optimistas sobre nuestros hombres y sus obras.

Ahora bien: ¿cuál deberá ser nuestra actitud frente a las críticas, justificadas o no, que se nos hagan? Creemos que antes que el alarido de protesta, que el chillido histérico, debemos tener una actitud serena, y por lo mismo, viril. Debemos sobreponernos a la crítica, reconociendo nuestros defectos y aprovechando nuestras cualidades. Debemos dejar que la censura actúe como estímulo, que nos obligue a una acción constructiva, que nos lleve a descubrir el continente moral e intelectual de América. Que sea el punto de partida para que se disciplinen nuestras inteligencias, se templen nuestros caracteres en el estudio, se ahonde nuestra cultura entrando por los caminos de la investigación, se afine nuestra sensibilidad por un entrenamiento ético, estético e ideológico, inteligentemente encauzado. Debemos, además, expurgar en nosotros mismos, eliminando los mistificadores en arte o en ideas, dando a conocer sinceramente a los que realmente valen, ubicándolos justicieramente. Abandonemos la indolencia tropical, huyamos de la palabrería estéril, trabajemos, con tenacidad y método y esperemos los frutos mo-

destamente. El «res non verba» de los latinos, es aplicable a los grupos sociales americanos, más que a cualquiera otros. Imitemos aquella generación que hace treinta años consiguió la redención espiritual de España y *descubramos la nueva, la verdadera América, que nos aguarda*. No temamos a la verdad y afrontémosla, cara a cara, con serenidad, con optimismo. Recibámosla con filosofía y tengamos presente este aforismo del sabio español Ramón y Cajal: «La verdad es un ácido corrosivo, que muchas veces salpica al que la maneja».